

Trabas y trabajo de campo en México: violencia y producción del conocimiento antropológico

Philippe Schaffhauser*

Resumen

Este trabajo, que cobra la forma de un ensayo, es la traducción editorial de una ponencia que presenté durante un compromiso americanista. Para ello, partiré primero de algunas premisas de índole teórica para plantear cómo la sociología, con el auxilio de la filosofía, ha reflexionado sobre el tema de la violencia y recuperaré así, elementos que nutran la construcción de una visión crítica sobre “el acontecer violento”. Después centraré mi atención sobre algunas implicaciones para la realización del trabajo del campo, situaciones no siempre trágicas ni tampoco sangrientas, utilizando mi experiencia como investigador y profesor en El Colegio de Michoacán y mis relaciones con colegas y alumnos del mismo. Finalmente, anticiparé algunas hipótesis de trabajo, en aras de enfrentar mejor el problema que constituye desde el punto de vista de la academia.

Palabras clave: violencia, trabajo de campo, inseguridades, academia, México.

* Profesor-investigador Titular “C” en el Centro de Estudios Rurales (CER) de El Colegio de Michoacán. Participa en dos Líneas de Generación y Aplicación del Conocimiento, adscritas ambas al CER: “Migraciones, movilidades y procesos transnacionales” y “Vidas públicas, movilidades identitarias y enajenaciones contemporáneas”. Contacto: schaffhauser@colmich.edu.mx.

Advertencia

El presente artículo es el fruto de un simposio sobre violencia y trabajo de campo que co-organice con el Dr. Mauricio Guzmán, en el marco del Congreso Internacional de los Americanistas celebrado en Viena, Austria, en julio de 2012. Surgió de una preocupación tenaz que, desde ese entonces, no ha venido a menos: el estado general de violencia e inseguridad en el país y sus consecuencias para el quehacer en Ciencias Sociales. Dichas condiciones y sus distorsionadas representaciones sociales y culturales, terminan hoy por hoy mermando las voluntades etnográficas, sobre todo en el caso de un estado tan aciagamente connotado como lo es Michoacán que, a los ojos de la *siempre heterogénea opinión pública mexicana*, se considera enfáticamente una tierra de violencia e inseguridad.

Introducción

La violencia, cuya etimología latina significa “el uso continuo de la fuerza”, es una modalidad cultural bajo la cual siempre se ha expresado lo humano. Sus facetas son múltiples y su construcción política y mediática selectiva; la representación de la violencia descansa, a menudo, en una lógica que bien podríamos llamar de “vasos comunicantes”, esto es, se enfatiza siempre un tipo de violencia para desmentir, vaciar o encubrir la realidad y la fuerza de otras formas que cobra. Así, hablar hasta el hartazgo de inseguridad pública no es sólo construir las condiciones que posibilitan el control social y el exceso de seguridad, sino sobre todo conduce a pasar por alto los atropellos sociales y económicos correspondiente a lo que Saskia Sassen (2015) llama con justa razón “las expulsiones”; es decir, procesos económicos y políticos que dejan en la orilla del desarrollo y

del bienestar social a miles de millones de personas en todo el orbe, y en cuyas filas se encuentran el ejército de reserva de mañana para la producción de nuevas violencias públicas. Vivimos en una época marcada por la organización internacional del caos de toda índole y la organización de la irresponsabilidad política, donde hombres políticos del planeta no tienen respuesta ni tampoco soluciones, a problemas sociales concretos (desigualdad social, pobreza y marginación) fuera del ejercicio (abusivo) de la violencia.

Las expresiones de la violencia han marcado pautas para definir formas y grados de violencia en sociedades pasadas y contemporáneas: tortura, humillación, crueldad, persecución, holocausto, control social, totalitarismo, adoctrinamiento, coacción, horror, genocidio, feminicidio, entre otros. Parafraseando a René Girard, Bertrand Valiorgue escribe: "*Los hombres son violentos porque se imitan*" (Valiorgue, 2009: 24). Esta afirmación, muy a tono por cierto con la teoría social de Gabriel de Tarde, depara varias consecuencias sociológicas, las cuales importa tener muy en cuenta aquí:

- La violencia es un acto social; significa que tiene una dimensión tanto corporal como simbólica, y es interacción porque necesita la participación, al menos, de dos partes.
- La violencia es, a veces, un acto gratuito y corresponde a lo que conocemos como "maldad", es decir, la producción espontánea del mal.
- La violencia, en tanto que acto de imitación, significa que es motivo de inspiración y re-creación para otros actos violentos y no la repetición infinita de un modelo preestablecido, pues las violencias son procesos históricos con su respectiva duración.
- En el plan analítico, el motor de la violencia es el deseo, es decir, la infinitud del deseo y la imposibilidad de llegar a sa-

ciarse. En este sentido, traduce una impotencia: la compulsión por tener deseo y la imposibilidad de satisfacerlo.

- La violencia es autodestrucción porque es un acto vital de aniquilación de la vida misma. Su forma extrema, la crueldad, consiste desesperadamente *en matar a la muerte*, es decir, en eliminar los signos de la muerte (cuerpos, recuerdos, atavismo, relaciones con ella).
- Desde Pierre Bourdieu hemos aprendido que la violencia es también simbólica y corresponde en el ámbito escolar al ejercicio encubierto de una dominación social que provoca la aculturación de alumnos procedentes de las clases trabajadoras, de acuerdo a normas y valores propios de las clases dominantes. Es un mecanismo invisible, natural, donde el maestro en el aula es el principal artífice de esta relación de sentidos y fuerzas, y donde el uso de la lengua constituye la principal institución social en disputa.

Hablar de violencia en México o en situaciones mexicanas de violencia no significa que este fenómeno sea más importante o significativo aquí que en otro país, sino que remite a mi posición como investigador siendo el territorio mexicano el que «menos peor» conozco para reflexionar sobre formas de violencia contemporánea. Dicho lo cual, existen otros contextos, otras culturas y otros conocimientos sobre los tópicos y las formas de la violencia que también necesitan ser tomados en cuenta e, incluso, pueden servir de pauta para problematizarla, ya sea como objeto de conocimiento en sí o como condición de producción del conocimiento en general e independientemente del objeto de estudio del investigador. Si hubiese necesidad de rescatar tan sólo una idea guía en este ensayo, diría yo que corresponde a la siguiente (hipó)tesis: el estudio de la violencia como condición de producción del conocimiento antropológico

inicia con un análisis teórico sobre lo que la violencia quiere decir e implica. Así pues, comprender las violencias contemporáneas aumenta la posibilidad de ponderar sus efectos en la producción del conocimiento y en la práctica de Ciencias Sociales sumergidas en situaciones violentas tales como conflictos armados, guerras civiles, motines urbanos, inseguridad pública e insurrecciones criminales, como es otra manera para describir el caso mexicano. Comprender la violencia, en perspectiva del quehacer académico, es empezar a atender el miedo de todos y cada uno, y acotar el peligro que se vive en campo en aras de la producción del conocimiento sobre el mundo diverso en que vivimos.

Por ende, la reflexión que presento aquí no es el fruto de una investigación como las hay cada vez más sobre el tema de la violencia, sino que cobra la forma de un ensayo que pretende dar elementos para pensar en las manifestaciones de este fenómeno y su ponderación cada vez más necesaria dentro de la agenda de investigación de las Ciencias Sociales y, sobre todo, cuando de hacer trabajo de campo se trata. Se centra en el caso de México porque llegó el momento de que la Sociología y la Antropología, realizadas en ese país, construyan su propia agenda de problemas y los traduzca en investigaciones y conocimiento. Urge. La violencia es una condición de producción del conocimiento en Ciencias Sociales y éstas difícilmente pueden prosperar en un régimen fundado en la violencia o en una sociedad donde ella cunde. Esta necesidad apremiante se vuelve un compromiso impostergable para quien quiere continuar con el quehacer de estas disciplinas cada vez más amenazadas por la situación que se vive en México en la actualidad.

En este sentido, el trabajo pretende cumplir con varios objetivos: 1) reflexionar (una vez más) sobre la violencia como producción cultural y humana, y de ahí comprender ¿qué es lo que dice la violencia de la sociedad o la época en que vivimos?; 2) con base en lo anterior,

brindar elementos para la discusión y la reflexión acerca del ingrediente “violencia” en la realización del trabajo de campo a través de algunos ejemplos significativos; y, 3) a manera de reflexiones finales, abrir un horizonte emancipatorio (Habermas, 1990), para que la investigación socio-antropológica cultive un interés por el conocimiento sobre la violencia, tanto como objeto de estudio, como condición o variable para la construcción del conocimiento socio-antropológico y sus implicaciones en el afianzamiento de una ciudadanía democrática y responsable.

Es preciso aclarar de una vez por todas que, a diferencia de toda una línea de investigaciones y grupos nutridos de investigadores e intelectuales que han disertado sobre el tópico de la violencia, no me considero un especialista en el tema. En esta tesitura, me interesa abordar el problema de la violencia en la medida en que sus efectos cotidianos, perceptibles o imaginables, atraviesan la realización del quehacer socio-antropológico y tienden a moldear las conductas propias del oficio del antropólogo. El miedo, las precauciones, la ansiedad o la fascinación en otras manifestaciones psicológicas se convierten en variables con las cuales el investigador ha de lidiar para la ejecución de sus observaciones directas y situadas. Por lo tanto, partiré de algunas banalidades o premisas para apuntalar la reflexión teórica sobre la relación entre violencia y producción del conocimiento socio-antropológico, y procurar construir un hilo conductor entre los objetivos arriba señalados.

La violencia desde la teoría

Empezaremos citando a Hannah Arendt para entrar de lleno en el tema de violencia sin más:

Como la violencia -a diferencia del poder o la fuerza- siempre necesita herramientas (como Engels señaló hace ya mucho tiempo), la revolución tecnológica, una revolución en la fabricación de herramientas, ha sido especialmente notada en la actitud bélica. La verdadera sustancia de la acción violenta es regida por la categoría medios-fin cuya principal característica, aplicada a los asuntos humanos, ha sido siempre la de que el fin está siempre en peligro de verse superado por los medios a los que justifica y que son necesarios para alcanzarlo (2005: 10).

En su tratado *Sobre la violencia*, la filósofa alemana señala otra característica de la violencia, que es su arbitrariedad, esto es, su aplicación a ciegas. Por ende, la violencia crea necesariamente la categoría doblemente afligida de la "víctima inocente" (Arendt, 2005: 11). En tanto que métodos e instrumentos para lograr un objetivo determinado crea paradójica y precisamente, una inversión de la relación entre medio y fin, donde si bien la ganancia puede ser muy escasa, el despliegue de violencia puede ser exponencial; es decir, desmesurado, desproporcionado y finalmente, irracional. Basta tener en mente lo que ocurre cuando de motines carcelarios o grescas urbanas se trata para ejemplificar lo anterior. De esta forma, con la violencia peligra la posibilidad de intercomunicación dentro y fuera de una organización social determinada, pues aquellos que han sido víctimas de ella terminan siendo finados o estigmatizados, en tanto que los demás miembros de la comunidad pierden la capacidad y la fe de recurrir al diálogo y la comunicación acerca de lo que está pasando. La violencia provoca el mutismo de la comunidad.

En este sentido, el uso político de la violencia es siempre un arma de doble filo, porque si bien permite lograr fines con mayor velocidad al quitar los obstáculos que separan el proyecto político de su cumplimiento, como ha sido el caso del ascenso del nacional-socialismo en los años 20 y 30 en Alemania, también plantea un riesgo constante que consiste en la ruptura del estado del diálogo y la comunicación,

aún bajo la forma de un control social, en el interior de la comunidad. Como bien lo señalan Étienne Balibar (2010) y René Girard (1986 y 1995) en sendas propuestas sobre la violencia y sus efectos, la superación de esta contradicción descansa en la construcción de una figura sacrificial: para Balibar, la violencia se vuelve crueldad de índole ultra subjetiva donde un otro determinado se convierte en la encarnación del mal; y, para Girard se estructura a través de la singularización del concepto de chivo expiatorio que, al igual que el prisma del láser, concentra hacia ella todo el odio de la comunidad. Significa que, en el primer caso, la violencia ha de entenderse por las graduaciones que produce, las cuales oscilarían entre la violencia simbólica, descrita por Pierre Bourdieu, para develar los mecanismos encubiertos de la dominación en el medio escolar, por ejemplo, y la crueldad como grado último de ensañamiento vano para destruir en el otro toda forma de humanidad.

Dicha obsesión por destruir lo humano, en todas sus facetas, requiere de un recurso imprescindible para cualquier acto violento: el cuerpo. La propia violencia simbólica necesita de la mediación del cuerpo para surtir efectos y moldear las conductas de los sujetos que la reciben, encaminando sus conductas corporales hacia el sometimiento ante la autoridad que la produce -tal como el respeto ciego hacia figuras sociales que encarnan la autoridad de facto y performativa (Austin, 1955), como el padre, el maestro, el cura, el capitán, el juez, el patrón, el político, el científico. Por eso la violencia camina de la mano con la tortura, es decir, el arte burdo o refinado del suplicio donde el cuerpo es el alimento de la conducta violenta. Sin embargo, esta búsqueda de la aniquilación de lo humano por la violencia como crueldad, se topa con una contradicción que los primeros cristianos supieron aprovechar para afianzar su fe, en tiempos de las persecuciones romanas. Consiste en el ensañamiento por destruir la

humanidad que contiene y detenta el prójimo, confundiendo esta identidad con el cuerpo que constituye su soporte.

Significa que la violencia, en tanto que crueldad, traduce una tensión entre destruir lo humano a través del cuerpo del sujeto que la sufre, a sabiendas de que esta acción se torna vana, ya que la humanidad no se sujeta a la materialidad del cuerpo, sino que yace en la propia comunidad y la trascendencia de su historia y memoria -lo que los antropólogos, a pesar del riesgo de polisemia, llaman cultura. Dicho de otra manera, los nazis pensaban acabar con lo judío, esto es, con la cultura y la religión judías, aniquilando a los sujetos culturales portadores de esta identidad. Entre menos se logra este delirante objetivo, más se incrementa el nivel de violencia contra cuerpos. La violencia y su forma extrema (la crueldad) confiesan una impotencia: la imposibilidad de acabar con lo humano. En este sentido, la figura del mártir, a diferencia del chivo expiatorio, anula el poderío del acto violento. La violencia está condenada de antemano a perder siempre en esta búsqueda destructora. El genocidio nunca alcanza el nivel del "ideocidio". Es importante aclarar que esta concepción no es platónica, sino pragmática, en el entendido de que la idea, siendo un plan de acción o la posibilidad de que la acción continúe con su curso, no caduca, sino que se congela por un tiempo. Por lo tanto, el exceso de violencia si bien no elimina lo humano, entendido como creencia-acción, sí lo coarta y lo pone entre paréntesis por un tiempo.

El concepto de violencia ha sido últimamente reinterpretado en sociología por Randall Collins (2009) a través del paradigma interaccionista. Centrado en las formas asibles y visibles de la violencia cotidiana y urbana, Collins considera que el acto violento es un acto singular y raro en el sentido de que el ser humano procura a menudo evitar que se desate y derrame la brutalidad ordinaria (lo cual tiene mucho que ver con lo que Goffman nos enseñó sobre las interacciones y el arte de eludir conflictos entre personas), que necesita de

tres agencias: un sujeto violento que demuestre su habilidad para producir la violencia, una víctima socialmente construida como tal (niños, mujeres, discapacitados, indigentes que son todos portadores de una debilidad social) y, finalmente, un público que es condescendiente con la producción de una violencia situada. La violencia expuesta en las estadísticas oficiales son, ante todo, actos situados que cobran, aquí y allá, una singularidad que tiene que ver con el inter-conocimiento entre victimarios, víctimas y públicos.

Otro aporte a la reflexión sobre violencias contemporáneas se encuentra en la obra de Charles Tilly, *Violencia colectiva* (2007). Al igual que Collins, y repasando múltiples casos de violencias masivas en sociedades contemporáneas y otras más antiguas, el sociólogo norteamericano enfatiza el constante contubernio existente entre políticos, empresarios de la violencia y “especialistas de la violencia”; los unos a través de sus arengas, sus discursos demagógicos de corte nacionalista que fomentan el odio, y los otros al usar su adiestramiento bélico para ejercer la violencia indiscriminada (Tilly, 2007: 33-35). Además, advierte sobre la existencia de traslapes entre manifestaciones públicas y pacíficas y el estallido de violencias colectivas. Más que una separación entre ambas, la presencia masiva de personas que protestan de manera pacífica y los desbordamientos de violencias públicas y colectivas, constituyen verdaderos vasos comunicantes. Un buen ejemplo de ello es el proceso de independencia de la India emprendido por el movimiento del Mahatma Gandhi (Tilly, 2007: 201). Otro elemento que vale la pena mencionar de esta investigación sobre violencia colectiva, es -lo que llamaría-la existencia de violencias preventivas que operan sobre las masas como mecanismos de control con fines conminatorios y disuasivos (Tilly, 2007: 33-35). Dichas violencias están para preservar un orden social, lograr su primacía sobre alternativas de organización social. Son casi invisibles y el oficio y la entereza del sociólogo permite a

veces sacar a la luz sus manifestaciones y evidenciar su lógica. Esta idea de violencia preventiva o disuasiva, garante de la perpetuación de un orden social, guarda un aire de familia con el concepto de Pierre Bourdieu sobre la violencia simbólica:

La violencia simbólica es esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante (y, por lo tanto, a la dominación) cuándo sólo dispone para pensarlo y pensarse o, mejor aún, para pensar su relación con él, de instrumentos de conocimiento que comparte con él y que, al no ser más que la forma incorporada de la estructura de la relación de dominación, hacen que ésta se presente como natural (1999: 224-225).

Como se empezó a señalar párrafos antes, los efectos de la violencia son múltiples, tanto en términos cuantitativos, como cualitativos. Uno de ellos es la humillación. Esta consecuencia de la violencia convierte a la misma en un acto indigno, es decir, que quita la dignidad del sujeto que la sufre, lo despoja de su humanidad, de su derecho a existir. Por tanto, el uso desenfrenado de la violencia crea la categoría de lo intolerable. Lo intolerable no es sólo un problema de humanidad, sino de pérdida de comunicación en el interior de la comunidad y en donde la construcción del otro como víctima potencial o probable, a través de la figura del chivo expiatorio, genera situaciones que calificaría de altamente autísticas. En efecto, la legitimación de la destrucción del otro, esto es, causas y razones que sustentan su eliminación de la faz de la tierra, sirven para construir una separación inconmensurable entre “lo humano destructible” y “lo humano no destructible o indestructible”, o sea, lo impune. He ahí otra entrada para estudiar la violencia en sus formas actuales. Si bien este fenómeno social consta de una ontología y una objetividad, en otras palabras, de una interioridad propia e irreductible a las representaciones y percepciones de los sujetos que la viven, sufren u observan

(algo parecido al despliegue de una fuerza bruta cuyos efectos puede captar y reflejar la descripción del observador), es importante precisar que la violencia es, también, interacción. Sin embargo, esta *relación recíproca* es paradójica porque tiende a destruir al otro de manera ensañada cuando cobra la forma de la crueldad, provocando, por lo tanto, el fin de la interacción.

La relación violenta se entiende, de manera analítica, como una construcción: la creación de víctimas (no por lo que hayan hecho, sino por los signos de victimización que llevan). Esta idea tiene que ver con la tesis de René Girard (1986) sobre el advenimiento de la figura del chivo expiatorio en la sociedad, cuyo orden está en crisis. Es un tema que en su momento Jean-Paul Sartre (1948: 54-55, 122) había comentado y analizado con respecto a la cuestión judía. El filósofo existencialista francés sentenciaba su análisis sobre el holocausto judío como un fenómeno inusitado en la historia de la humanidad, ya que por primera vez se implementó no solo una persecución y destrucción masiva de un pueblo considerado como culpable de la anomia generalizada que sufrían las sociedades del viejo continente después de la Primera Guerra Mundial, sino que el argumento central de esta violencia de Estado, ampliamente socializado, descansaba en negar a una comunidad entera su derecho a existir simbólica y físicamente. En otras palabras, la violencia se desató en contra del ser y ya no, a manera de represalia o coacción, en contra del actuar o del tener de un grupo determinado. Por ende, la violencia construye, no sólo a sus víctimas, sino aduce también la justificación de esta construcción, por lo general bajo la forma de un acto de purificación, de reinención de lo sagrado y del vínculo social que este fenómeno pretende deparar. La violencia, de forma independiente a su amplitud y magnitud, es siempre un acto social: afianza los lazos y refrenda, al mismo tiempo, los compromisos entre la comunidad

agresora, y desata su energía fuera de ella buscando a la víctima ideal de su calada ira.

Hasta la fecha es obvio decir que la violencia rima con inseguridad. Ésta, si bien cobra distintas dimensiones sociales (ambiental, económica, sanitaria, alimentaria, religiosa), se construye mediante el discurso político e imágenes cada vez más crudas y horribles que circulan en los medios de comunicación como un problema público, es decir, un asunto callejero. El sentimiento que se expresa como inseguridad es, a la postre, la representación y, a menudo, la distorsión de aquella. La violencia genera miedo. En México, el miedo es cotidiano. En este sentido, la violencia cumple pragmáticamente con su etimología original: el uso continuo de la fuerza. De ahí se sugiere la idea de distinguir entre la violencia como despliegue potencial de una fuerza y la violencia en tanto que uso real de una determinada fuerza. Por lo tanto, la inseguridad no radica en la certeza del acontecimiento violento, sino en el hecho de que en cualquier momento puede suceder y desatarse. La inseguridad, como sentimiento público y privado, se traduce, entonces, por la incorporación de una emoción con o sin motivo racional que coarta la libre circulación y desenvolvimiento de los sujetos culturales, quienes consideran estar bajo su influjo. La inseguridad es siempre un abandono del espacio público a favor de espacios privados, familiares o, en su caso, comunitario.

Si bien a los investigadores nos unen maneras de compartir enfoques, metodologías, teorías y objetos de investigación, el incremento de la violencia en el país, la generalización de la inseguridad pública y social en que la sociedad mexicana se hunde día con día, es, sin duda, una situación que compartimos los investigadores dedicados a producir conocimiento. El trabajo de campo se ha vuelto una actividad (a pesar de su importancia para la producción sobre realidades culturales y sociales del país), cada vez más problemática de realizar con toda tranquilidad y serenidad. Incluso, sus conse-

cuencias directas (imposibilidad de acceder a un lugar por motivo de violencia) e indirectas (recelo y desconfianza en aumento de los informantes para con los investigadores), forman parte de las condiciones de producción de conocimiento; puede ser al mismo tiempo motivo para cancelar un proyecto de investigación cuya realización empírica se vuelve, simple y sencillamente, imposible; o bien, puede ser motivo para sobrevalorar o indexar la investigación según el nivel de riesgo que requiera.

Dicho esto, no es de extrañarse, entonces, que las Ciencias Sociales, y en particular la Antropología, al igual que cualquier actividad humana coartada o trabada en tiempo de guerra, sufran las consecuencias de dicha situación que se ha vuelto un fenómeno social nacional. El ámbito académico y estudiantil ha sufrido en carne propia los efectos de la guerra contra el crimen organizado. Los ejemplos son múltiples y recordarlos es doloroso. Michoacán, a través de sus instituciones de educación superior y centros públicos de investigación, es uno de ellos.

En este sentido, es preciso enfatizar que, hasta ahora, la violencia no es sólo para la Antropología y la Sociología un tema de investigación entre otros, como pudo serlo en algún momento (Flanet, 1977; Bourgois, 2009 y 2002), sino deviene en una condición que determina, posterga o cancela la misma. Existen ya recomendaciones en ciertas casas de estudios para evitar que los estudiantes se internen en regiones rurales que, cierta, exagerada o indebidamente, son consideradas peligrosas o con alto riesgo para el desarrollo cabal de la investigación y el desenvolvimiento físico y emocional de investigadores en ciernes o aguerridos. Es interesante ver que la inseguridad, como caracterización emocional de la violencia, es la suma de dos ingredientes: violencia real y representación de la misma. Ambas terminan por conformar una suerte de profecía auto-cumplida donde la violencia tiene que ver también con la predisposición de un públi-

co para aceptarla como tal; es decir, considerarla como fatalmente natural. Asimismo, la violencia es el producto de relaciones sociales marcadas por correlaciones de fuerza y sentido.

Violencia ordinaria y trabajo de campo

Corresponde ahora acercar esta reflexión con sus distintas aristas y veredas al caso de la práctica antropológica en el México actual. La primera pregunta que se antoja formular es: ¿en qué medida las formas de violencia que se vive en el país se parecen a las características teóricas (arriba descritas) y en qué medida se distinguen netamente? En segundo lugar importa saber ¿qué clase de relación ha trabado la Antropología con la violencia en tanto que tema, problema, objeto de estudio o condición para la producción del conocimiento dentro de este ramo de las Ciencias Sociales y Humanas? Para atender esta última pregunta resulta útil operar una distinción entre: 1) experiencias de violencia vividas en carne propia por antropólogos, lo cual implica, a su vez, tener en claro una distinción entre la violencia, en tanto que objeto de estudio (como por ejemplo las violencias en espacios escolares, a través de acosos, *bullying*, extorsiones y demás) o, al menos, arista de una problemática más amplia (como por ejemplo en el caso de estudios sobre pandillas), y la violencia en tanto que condición no deseada que atraviesa el estudio del objeto de investigación (como por ejemplo las investigaciones y monografías en comunidades o pueblos apartados donde impera la violencia, a menudo dictada por el crimen organizado). 2) Una reflexión acerca de las narrativas antropológicas en las que la violencia se vuelve tópico u objeto central de la reflexión.

En este sentido, la narración de la violencia, como compromiso descriptivo de las Ciencias Sociales para dar cuenta de un determina-

do tipo de realidad, es una labor que presenta muchas dificultades. De acuerdo a lo que plantean Lavigne y Perdoncin (2010), hay tres problemas teórico-metodológicos que traducen, cada uno, tendencias de la narrativa antropológica:

- La espectacularización de la violencia con efectos pornográficos. Al igual que el sexo, la violencia termina siendo un objeto del deseo insaciable como hubieran dicho algunos psicoanalistas.
- La aseptización de la violencia que consiste en construir una distancia tal, que la descripción de la misma devela una tendencia al autismo descriptivo como máxima expresión de la objetividad.
- La moralización de la violencia que acrecienta la condición de víctima de los sujetos que la sufren, pues es difícil, ante el reto, describir formas de violencia, suspender el juicio del observador y, como lo preconiza Max Weber, arropar su abordaje del problema con el atuendo o el disfraz de la neutralidad axiológica.

Estos tres problemas de descripción pueden, a veces, entrecruzarse en una misma narrativa, dependiendo de la situación que se pretenda reflejar. La situación actual, en materia de violencia y seguridad pública, asoma una clara tensión para el quehacer antropológico, ya que, a pesar de los múltiples debates polémicos en torno al lugar que ocupa el trabajo de campo en la producción del conocimiento (en las Ciencias Sociales en general, y en Sociología y Antropología, en particular), la observación directa que implica (a menudo) la inmersión en zonas remotas, culturalmente distantes y socialmente ajenas a la identidad social del investigador, sigue constituyendo una actividad cardinal e indispensable para la producción del conocimiento en dichas disciplinas. En otras palabras, el quehacer de la Sociología y

Antropología peligra con las condiciones actuales de inseguridad y violencia que imperan de manera distinta a lo largo y ancho del país.

En México, la situación social y política de inseguridad generalizada no es sólo un asunto de violencia en sí, como si fuera una fatalidad o una calamidad, sino que descansa en dos causas estrechamente relacionadas: 1) una tradición de impunidad que no se reduce a temas de violencia e inseguridad, sino que forma parte de la cultura política nacional; y, 2) la estructura socio-económica de la sociedad mexicana que se caracteriza por una distribución inequitativa del ingreso y una escasez de oportunidades para superar esta adversidad socio-cultural. Es por esto que, en este país, la probabilidad para un joven de obtener el doctorado es equivalente a sacarse la lotería, esto es, 1 de 10.000 posibilidades; asimismo, hay varios millones de jóvenes considerados como «ninis» (que no estudian, ni tampoco trabajan), y son ejército de reserva para el crimen organizado.

Es un secreto a voces señalar que México está atravesando por una situación de violencia e inseguridad generalizada. Siete de sus entidades, entre las cuales destacan Chihuahua y Sinaloa, se encuentran entre las primeras 15 regiones más peligrosas en el mundo. Los índices de criminalidad en el país son alarmantes: en 2008 se registraron 5,207 ejecuciones, en tanto que en 2009 fueron 6,587 y para el año 2010 rebasaron la cifra de 12,000 muertes en todo el país (Guerrero Gutiérrez, 2010a). En este sentido, no se sabe, por ejemplo, si la película *El Infierno*, del director Luis Estrada, y cuyo argumento gira en torno al narcotráfico tal cual se manifiesta en regiones remotas y rurales del país, es una ficción o el asombroso reflejo de la aciaga y deprimente realidad nacional que contribuye a infundir entre la población mexicana miedo, desesperación, paranoia y reacciones extremas (defensa propia o huida precipitada). Hay regiones remotas del país sometidas por el mando de grupos criminales y, por escapar al control de las autoridades (como es el caso de varios municipios de

la Meseta Purépecha), ponen en cuestión y en peligro la soberanía y la democracia en México (Guerrero Gutiérrez, 2010b). Muchas actividades -por no decir la inmensa mayoría de ellas-, se ven perjudicadas e imposibilitadas directa e indirectamente por la situación de violencia e inseguridad que se vive a lo largo y ancho del país.

La pobreza y la extrema pobreza por un lado, y la concentración de riqueza, por otro, han vuelto a convertir a la sociedad mexicana en una organización social en extremo polarizada donde, si bien antes y aún ahora, la migración internacional había sido la principal válvula de escape para evitar un estallido social, el narcotráfico se ha convertido en "otra racionalidad" para mermar los efectos de esta polarización y propiciar formas de movilidad social, aunque incipientes; pues como dice el dicho popular y juvenil en México: "más vale vivir meses como rey que años como buey".

En lo que atañe a Michoacán es preciso mencionar acontecimientos recientes que son muestra del clima de violencia e inseguridad que se vive en la entidad y las respuestas sociales que se han vertido al tema. El surgimiento de formas propias para contener la violencia en zonas rurales e indígenas es un ejemplo de ello. En el municipio de Cherán, sectores ligados al poder tradicional han decidido tomar la justicia en sus propias manos e implementar acciones contra el crimen organizado, con la confusión y consecuencias inesperadas que éstas desataron (Vásquez, 2012). El surgimiento de grupos de autodefensas comunitarios es otra manifestación de este estado de tensión, miedo y confusión. Lo anterior pone de relieve una crisis institucional donde sale a la luz del día la ineficiencia de las autoridades para garantizar la seguridad e integridad de las personas y de la propiedad privada.

Analizar las causas y los motivos que originan la violencia implica poner en el centro de la investigación la actividad etnográfica (y sociográfica) para apuntalar sus presupuestos y comprender a qué tipo de violencia tenemos que atenernos. Cuando se mira la

situación de violencia e inseguridad en México y cuando se opta por cambiar de perspectiva para entender lo que está pasando, no es descabellado preguntarse ¿quiénes son las víctimas de la guerra contra el narcotráfico? ¿Y por qué son tales? Me viene en mente dos respuestas abruptamente relacionadas y, sin duda, muy polémicas: los pobres y los jóvenes, porque no son “un recurso humano” escaso. Además como hubiese dicho René Girard (1986), hoy por hoy ser joven, ser mujer y/o ser pobre –y ni se diga de la combinación de las tres identidades-, es llevar consigo un estigma; es decir, signos de victimización. La violencia se nutre del cuerpo de los débiles, esto es, aquéllos quienes han sido históricamente contruidos como tales. Aunado a las víctimas anteriores, y a menudo más inmediatas de actos violentos, se encuentran las Ciencias Sociales, cuyo propósito democrático general consiste en construir un conocimiento que permita entender mejor ¿en qué mundo vivimos? La situación de violencia y, particularmente en las zonas tradicionales de estudio, se convierte en un obstáculo o una variable con poco margen de maniobra para la realización del trabajo de campo.

Para ilustrar esta situación relataré brevemente dos anécdotas a manera de viñetas sociológicas. Ambas tienen que ver con investigaciones realizadas a partir de El Colegio de Michoacán. Son ejemplos que me relataron colegas que trabajan conmigo en el Centro de Estudios Rurales en dicha institución.

1. En el marco de un acto cívico realizado en Morelia en mayo de 2011, presidido por el entonces gobernador de Michoacán Leonel Godoy, mi colega el Dr. Gustavo L., a quien el presidente de El Colegio de Michoacán le había encomendado acudir al evento en representación suya, quiso aprovechar la oportunidad para, además de felicitar al mandatario estatal, comentarle acerca de un proyecto de investigación que el académico pretendía iniciar sobre migrantes michoacanos retornados en toda la entidad.

El proyecto implicaba levantar una encuesta de hogares en los 113 municipios del estado y centrar la atención en el uso de las remesas y de los ahorros traídos por “los retornados”. Permitirían sus resultados comprender las estrategias de los migrantes retornados para enfrentar el reto de su reinserción en sus comunidades de origen. Tras escuchar el planteamiento de los grandes rasgos del proyecto de Gustavo L., el gobernador, además de felicitarlo por la iniciativa, le espetó con una pizca de malicia: *“Me parece muy bien su proyecto, interesante, pero acuérdesese que hoy por hoy solo tenemos el control en 55 de los 113 municipios de la entidad.”* De lo anterior se deriva una serie de consecuencias inmediatas: darse a la tarea de redefinir la cartografía de “los municipios visitables” para los fines de la investigación. Además, implica actualizar esta información por la evolución de la coyuntura violenta y el desplazamiento o ensanchamiento de la misma de un territorio municipal hacia otro. Asimismo, cobra otro efecto a manera de medida preventiva para la seguridad del equipo de encuestadores, centrar la aplicación de cuestionarios en las cabeceras municipales y evitar acudir a zonas remotas. En términos éticos, lo anterior también implica advertir a las personas contratadas sobre los riesgos que la coyuntura violenta depara en el cumplimiento de esta labor de recolección de informaciones.

2. A raíz del proyecto arriba señalado, el equipo de investigadores de El Colegio de Michoacán decidió aplicar una encuesta sobre ingresos de los migrantes en el municipio de Venustiano Carranza, en octubre de 2011. Dicho municipio había sido seleccionado por las tendencias migratorias que presentaba sobre el tema, para ese entonces. Llegó ahí un grupo de tres encuestadores bajo la supervisión del Dr. Ariel M., colaborador de Gustavo L. Ariel M. había tenido a bien contactar previamente a las autoridades municipales sobre su venida a Venustiano Carranza y el propó-

sito de ésta. Al llegar ahí, su primera acción fue presentarse ante las autoridades para concretar el visto bueno de las mismas. El encuentro fue breve y fructífero: podían empezar la aplicación de su cuestionario. Decidieron dividirse y encuestar a las personas por zona. Mientras los encuestadores iban cada uno atendiendo una manzana aledaña a la plaza principal, Ariel se apostó en la misma. Al poco tiempo, consiguió una primera entrevista con un migrante. De pronto, Ariel notó la reticencia del señor, ya que el tema central de la encuesta versaba sobre ingresos. A pesar de las garantías de Ariel sobre el anonimato que guardaría la encuesta, en relación a los encuestados, el hombre no cambiaba de parecer. De repente se les acercó un sujeto que empezó a inmiscuirse en la relación y preguntó a Ariel “¿tú quién eres y qué haces aquí?”, Ariel le contestó sin devolverle la pregunta: “soy investigador de El Colegio de Michoacán y estamos aquí para realizar una investigación sobre migración en el municipio.” El sujeto no muy convencido por la aclaración preguntó de nuevo con insistencia: “sí está bien, pero ¿tú quién eres y qué haces aquí?” Pidió a Ariel que lo acompañara a escasos metros de ahí, donde se encontraban unos puestos de comidas en los que habían dispuesto mesas y sillas para la clientela. Se acercaron a una de ellas donde estaba sentada y comiendo media docena de hombres de entre 35 y 60. Quien era la autoridad de entre ellos volvió a preguntar a Ariel: “¿qué haces aquí?” Y Ariel contestó lo mismo. El hombre otra vez preguntó: ¿eso del colegio quien sabe, pero tú qué haces realmente aquí? Otro sujeto agarró la mochila de Ariel para revisar lo que llevaba y sacó de ahí una cartera de la cual retiró el dinero que tenía. Amedrentaron a Ariel indicándole que no vuelva, porque no tenía nada que hacer allí. Después de un empujón lo dejaron ir. Ariel se fue rápidamente, avisó a los demás compañeros sobre la situación y se marcharon, sin demora, de Venustiano Carranza. De

lo anterior se desprenden varios comentarios para analizar esta situación. El primero es que descubrieron Ariel y sus compañeros, días después, que en dicho municipio había sospecha sobre una casa de seguridad que posiblemente albergaba a Servando Gómez Martínez, alias la Tuta, uno de los cabecillas del grupo delincriminal conocido como la "Familia de Michoacán". Así pues, el paseo al que fue sometido Ariel se podía explicar por estas circunstancias, siendo halcones de este jefe mafioso las personas que lo habían agredido. De ahí se deriva la idea sobre la confusión que existe en torno al ejercicio del poder a nivel municipal (por no decir más), pues Ariel recibió el beneplácito de la autoridad municipal para los fines de su encuesta, pero resulta que otro tipo de poder, paralelo y encubierto, le niega este derecho. Otro tema de interés es la reacción de desconfianza del migrante ante la preguntas de Ariel que versaban sobre cuestiones económicas e ingresos de la migración. Se trata de un problema real para quienes nos dedicamos a investigar las migraciones, ya que la dimensión económica de las mismas se torna un tema delicado de abordar con los propios migrantes. Además, otro aspecto relacionado con la desconfianza que, muy a su pesar propicia el investigador, es que la famosa estrategia llamada "bola de nieve", para allegarse a informantes a partir de la confianza que se gana con uno, se desvanece y da lugar, por el contrario, a actitudes de rechazo. Asimismo, de manera muy tentativa, se antoja plantear los vínculos existentes entre migración y narcotráfico, los cuales abarcan distintas aristas (desde traslado y trata de personas, trasiego de drogas, extorsiones a migrantes para captar sus remesas y ahorros). Finalmente, la interacción entre Ariel y esos sujetos es muestra de la ambigüedad que se cierne en torno a la figura del investigador que, a menudo, es considerado un agente del gobierno, por no decir un soplón.

Sobre este par de ejemplos hay que reparar mucho sobre la generalización de la violencia como aspecto relevante de nuestra cotidianidad y como condición inherente a la realización del trabajo de campo. En este sentido, la estrategia (represiva) perseguida por las autoridades federales, estatales y municipales para luchar contra las violencias públicas (con énfasis en el narcotráfico), se ha caracterizado por la des-sociologización y la des-antropologización de su planteamiento crítico. Esta tendencia traduce -lo que llamaría- una esquizofrenia institucional que consiste en separar en trozos de problemas una misma problemática social que precisamente no deja de señalar su amplia envergadura, la continuidad de sus manifestaciones, el magno radio de sus efectos y la profundidad de sus causas y razones que la originan. Así pues, la cruzada o la guerra contra el narcotráfico emprendida por el gobierno de Calderón, tendió a pasar por alto otras inseguridades sociales como son la falta de empleos consolidados, la falta de oportunidades educativas y laborales para la juventud nacional y la inequitativa distribución del ingreso entre los sectores sociales de la sociedad mexicana. Así, la violencia se torna (a menudo) exponencial. La lucha que se pretende llevar a cabo contra el crimen organizado es también violenta. La confusión llega a tal grado que víctimas y victimarios intercambian a veces papeles: ni se sabe quién empezó y quién terminará la secuencia de horrores. La frontera moral que separa a unos de otros se desvanece bajo el pragmatismo de la violencia.

La academia no vive fuera de estas condiciones imperantes. Su quehacer tiene que ceñirse a ellas. Llegar a hacer trabajo de campo es enfrentarse a esta problemática, es decir, cruzar la cotidianidad de personas, hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, mismos que enfrentan en carne propia violencias ordinarias que se vuelven indicadores de la calidad de vida en zonas rurales, así como urbanas. Pensar de otra manera es ser ingenuo, es decir, dejar de pensar en tanto antropólogos y sociólogos.

El tema de la relación entre violencia-inseguridad y trabajo de campo se ha vuelto, para la academia, un problema de orden deontológico. Incluso, de prolongarse de este modo la situación, peligra la posibilidad de continuar con el trabajo de campo considerándolo como el pilar de la formación y la actividad antropológicas. De continuar así la situación de violencia e inseguridad en el país, la investigación antropológica mediante trabajo de campo terminará siendo virtual. La violencia, en tanto que objeto de estudio antropológico, está fuera de control y se vuelve una condicionante de la investigación y la vida cotidiana de los investigadores en que descansa la misma. A continuación, algunas situaciones relativas a ello describen para el caso de El Colegio de Michoacán una suerte de violencia ordinaria en perspectiva académica:

- Tras haber cobrado un cheque en una sucursal bancaria, el profesor e investigador de El Colegio de Michoacán, el Dr. Conrado Hernández López, fue asesinado en la calle y en pleno día, en la ciudad de México en 2008.
- Un alumno de la Maestría en Geografía fue “levantado” y paseado en una camioneta del crimen organizado en Paracho, en 2010. En ese entonces, dicho estudiante estaba haciendo trabajo de campo en esa población. Afortunadamente horas después fue puesto en libertad.
- A partir de 2011, la institución tuvo que mandar poner en cada auto de su parque vehicular un logo de El Colegio de Michoacán-Centro de Investigación CONACyT para evitar que su personal fuera confundido con otra gente (lo que también es un arma de doble filo porque llama la atención)
- En el primer trimestre de 2012, dos operativos policiacos realizados en La Piedad y en Zamora en casa de dos investigadores del colegio han provocado que la primera quedase de facto ex-

pulsada de su casa, cuando las autoridades decidieron clausurar todo el edificio en el que vivía, porque un vecino estaba supuestamente coludido con el crimen organizado; y el segundo sufrió, en su ausencia, un allanamiento de morada por una supuesta denuncia anónima.

- CANCELÉ la salida para trabajo de campo de un estudiante, que me estaba auxiliando para un proyecto de investigación, porque le correspondía trasladarse a un municipio zacatecano del norte de la entidad donde sucedieron varias balaceras entre integrantes del cartel de los Zetas y fuerzas policiacas y militares en el primer trimestre del año 2012.
- El Colegio de Michoacán se divide en dos sedes: La Piedad y Zamora. Entre ellas se encuentra el municipio de Ecuándureo que tiene fama de estar bajo el control del narcotráfico. Por oficio se sigue aconsejando no circular por ese territorio en vehículo particular cuando anochece.
- Otro dato no menos importante tiene que ver con la mala imagen que guarda el Estado de Michoacán en el resto del país por ser considerado una región violenta y de mucha inseguridad. Esta representación distorsionada cobra factura para las actividades académicas que se realizan en el colegio. La renuencia del estudiantado nacional para cursar carreras en este centro público de investigación en Zamora tiene, así, una explicación socio-psicológica.
- Cuando paran a un investigador del colegio en un retén policiaco o militar en cualquier punto del país, y cuando se le pregunta ¿a qué se dedica?, es preferible entonces contestar ser profesor porque la palabra “investigador” genera confusión y suspicacia.

En resumida cuenta, realizar en estos días trabajo de campo en México es exponerse a toque de queda dictado por la inseguridad, enfrentar el silencio de los informantes, ser expulsado o desaparecido de la región en que se pretende “etnografiar” la vida de sus habitantes. Es arriesgar su vida y, a veces, perderla.

Conclusiones

Lo anterior es, tan sólo, una muestra de la vida cotidiana de una institución académica y de su personal en tiempo de violencia e inseguridad. La violencia tiene grados y matices incrementando o menguando sus efectos. Dicha situación es, de alguna manera, una representación del problema de la inseguridad que se vive en México actualmente.

En sentido opuesto, la violencia y la inseguridad pueden considerarse como el valor agregado del trabajo de campo y de la generación de conocimiento, del modo que, entre más violencia y peligro se viva, mejor serán apreciados sus resultados. La violencia ejerce una fascinación en la mente del que investiga. El uso del factor “violencia” puede servir para intereses distintos, como justificar la calidad de un trabajo etnográfico cuando se enfatiza de manera descomunal esta condición de producción, o bien, se convierte en un argumento contundente para justificar lagunas y fallas en la realización del trabajo de campo. Significa que el factor violencia, es decir condiciones sociales de violencia que rodean la investigación en campo, se convierten en un criterio para evaluar trabajos empíricos de alumnos. A consecuencia de lo anterior, se procura de manera responsable aconsejar a los estudiantes ser prudentes y no arriesgarse cuando tienen que salir a prácticas de campo.

Ahora bien, es consabido decir que la violencia siempre ha sido la compañera de trabajo de campo del antropólogo (Geertz, 1988) por una razón politológica y sociológica evidente: la Antropología es una actividad occidental llevada a cabo, a grandes rasgos, en sociedades y culturas periféricas inestables como producto de la colonización. En este contexto, junto o poco después del militar y del misionero, el antropólogo llegaba a ocupar el espacio para realizar sus objetivos científicos. Su trabajo ha sido motivo de codicia e intereses para conocer y dominar mejor y más a los pueblos sometidos o por someterse. Su presencia ha sido razón constante de sospecha y malestar entre los nativos. La relación de confianza entre el antropólogo y sus informantes es un largo proceso accidentado, lleno de aciertos y desaciertos, una fuente inagotable de ambigüedades con desenlaces trágicos o felices (Barley, 1997).

A pesar de este malestar antropológico, el cual dio pie a tantas reflexiones y comentarios sobre el *fieldwork* (Rabinow, 2007), desde el famoso diario de Malinowski en las Islas Trobriand, el antropólogo tenía la posibilidad de regresar a su hogar. De hecho, la Antropología se caracterizaba por tener una propuesta teórico-metodológica enfocada en explorar una distancia física y cognitiva que separa al observador-participante del nativo y en donde la violencia era una de las tantas condiciones de dicha exploración. Hasta el día de hoy, en México, esta distancia inicial ha sido derogada por el propio fenómeno de la violencia. Con ella priva una extremada cercanía entre el observador y los sujetos de la observación. La Antropología ya no puede indagar como antes lo hacía, sino que se encuentra ante el riesgo de verse obligada a replegar cada vez más sus actividades al recinto académico, y convertirse en lo que en parte fue en sus inicios: un trabajo de gabinete. De ser así, implicaría abandonar el campo de batalla y dejar a su suerte a pobladores y jóvenes, ya sean espectadores, víctimas, militares o copartícipes de la violencia que genera el

crimen organizado. Así pues, la única manera, la única arma, con la que contamos para evitar que esto suceda, tarde que temprano, es usar nuestra razón crítica para alzar la voz y ocupar el espacio de divulgación que invadieron los medios de comunicación, la burocracia y la clase política para departir sobre este tema tan candente. Romper con este monopolio es, a mi juicio, un primer paso para rescatar a la Antropología como actividad al aire libre, como quehacer ciudadano (contribuir a comprender en qué mundo y sociedad estamos viviendo) y adherirse aún más a los valores de la democracia en este país.

Bibliografía

- ARENDRT, Hannah (2006). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- AUSTIN, John L. (1955). *Cómo hacer cosas con palabras*. Edición electrónica de www.philosophia.cl/EscueladefilosofiaUniversidadARCIS.
- BALIBAR, Étienne (2010). *Violence y civilité*. París: Galilée.
- BARLEY, Nigel (1997). *El antropólogo inocente*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, Pierre (1999). *Meditaciones pascalianas*. Madrid: Anagrama.
- BOURGOIS, Philippe (2009). "Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas". En Julian López García, Santiago Bastos y Manuela Camus (eds.). *Guatemala: Violencias Desbordadas*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- (2002). «La violence en temps de guerre et en temps de paix. Leçons de l'après-guerre froide : l'exemple du Salvador partie 1». En *Culture et Conflits*. Les risques du métier. Numéro 47. Disponible en <http://conflits.revues.org/825>
- COLLINS, Randall (2009). *Violence: a micro-sociological theory*. New Jersey: Universidad de Princeton.

- FLANET, Véronique (1977). *Viviré si Dios quiere*. México: Instituto Nacional Indigenista.
- GEERTZ, Clifford (1988). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- GIRARD, René (1995). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama
- (1986). *El chivo expiatorio*. Barcelona: Anagrama.
- GOFFMAN, Erving (1972). *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GUERRERO GUTIÉRREZ, Eduardo (2010a). “Cómo reducir la violencia en México”. En NEXOS en línea. Disponible en <https://noehernandezcortez.wordpress.com/2010/11/04/como-reducir-la-violencia-en-mexico-de-eduardo-guerrero-gutierrez/>
- (2010b). “Los hoyos negros de la estrategia contra el narco”. En NEXOS en línea. 01 de septiembre de 2010. Disponible en <http://www.nexos.com.mx/?p=13844>
- HABERMAS, Jürgen (1990). *Conocimiento e interés*. Barcelona: Taurus.
- LAVERGNE, Cécile y Anton Perdoncin (2010). “Editorial. La violence à l'épreuve de la description”. En *Revue Tracés*. Décrire la violence. Número 19. Disponible en <https://traces.revues.org/4878>
- LE BOT, Yvon (2002). *Violence de la modernité en Amérique Latine, Indianité, Société et Pouvoir*. París: Karthala.
- RABINOW, Paul (2007). *Reflections on fieldwork in Morocco*. Los Angeles: University of California Press.
- SARTRE, Jean-Paul (1948). *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Buenos Aires: Ediciones Sur.
- SASSEN, Saskia (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires-Madrid: Rústica.
- TILLY, Charles (2007). *Violencia colectiva*. Barcelona: Hacer.
- VALIORGUE, Bertrand (2009). “Violence, mimesis et processus victimaire chez René Girard”. En *Cahier de la Recherche*, 10. Centre d'Études et de Recherches, groupe ESC Clermont-Ferrand.

VÁZQUEZ LEÓN, Luis (2012). «¿Neolengua bajo el multiculturalismo? Sobre el uso del lenguaje de seguridad en el conflicto comunitario en Cherán, Michoacán». Ponencia presentada en *54o Congreso del ICA* en Viena.